

Dahl como piloto de guerra y un retrato infantil. A la izquierda, el dibujo de Hitler que envía a su madre // ABC / GATOPARDO EDITORES



Gatopardo Ediciones publica por primera vez en español las cartas que el escritor envió a su madre entre 1925 y 1965; la selección es de Donald Sturrock, biógrafo del autor

‘Te quiere, Boy’, el Roald Dahl más familiar

KARINA SAINZ BORGÓ MADRID

Los nueve años, Roald Dahl escribió a su madre Sofie Magdalene desde el internado de St Peter's, en la lúgubre costa inglesa de Weston-super-Mare. En aquella nota, el joven Dahl habla de los partidos de fútbol de la semana y le pide unas castañas, no muchas, envueltas en papel. «Envíalas lo más rápido posible». A esa siguieron algunas epístolas más. En total, seiscientas, que Dahl escribió hasta 1965, dos años antes de la muerte de Sofie. Gatopardo Ediciones las publica por primera vez en castellano con el título ‘Te quiere, Boy’, un volumen a cargo del biógrafo de Roald Dahl, Donald Sturrock, quien desarrolla un recorrido comentado a lo largo de toda la correspondencia, acompañándola con abundante material gráfico: fotografías, postales, dibujos y mapas.

Biografía y ficción

Las cartas están traducidas por Edgardo Scott y Mariana Sánchez, quien firma un prólogo soberbio sobre la vida y la obra del autor de ‘Matilda’. Según Sánchez y Sturrock, las epístolas más interesantes se escribieron antes de

1946, año en que Roald publicó su primer volumen de cuentos y regresó a casa desde Estados Unidos para vivir con Sofie Magdalene en la zona rural de Buckinghamshire. Tanto si se ha leído a Dahl como si se ignora por completo su obra, estas cartas son un tesoro para quien disfrute del acto de leer: anticipan al narrador que está por surgir. No existe una sola nota que no esté dotada de juegos de palabras, historias desternillantes y caricaturas. Al leerla, se percibe a un Dahl al que no le bastan las palabras, que se expande en acertijos y retruécanos. «Muestran al escritor que acabaría emergiendo, pero, sobre todo, muestran a un grafómano», explica Mariana Sánchez.

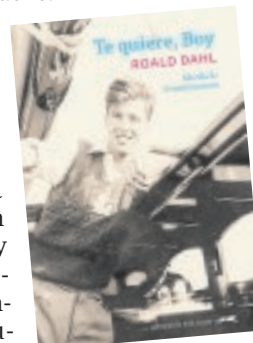
Si bien Roald Dahl descubrió su vocación literaria de manera tardía, según él tras «un monumental golpe en la cabeza» en 1940, cuando sufrió un accidente como aviador en el desierto de Libia, esta correspondencia muestra cómo desde niño desarrolló una pulsión literaria que volcaba en sus cartas. Su personalidad libérrima, inquieta, curiosa y renuente a la autoridad se despliega como una fiesta. Dividida en siete capítulos, el conjunto abarca desde los años en aquel terri-

ble internado británico —que quedaría reflejado en muchos de sus libros pero que él disimula a su madre con anécdotas fantasiosas y llenas de ingenio—, hasta sus episodios vitales más importantes: sus días en Tangánica justo antes del estallido de la guerra, su entrenamiento como piloto de la Real Fuerza Aérea en Irak y en Egipto, su experiencia de combate en Grecia y en Palestina. También su periodo como diplomático en Washington y su incursión en los servicios de inteligencia en Nueva York.

Un refugio

Las cartas importan todavía más por lo que ocultan. Son el testimonio de una vida y el epicentro de una obra. Muestran la relación entre la madre viuda y su único hijo varón. Aunque pueda hacer alguna que otra referencia al miedo que le producen sus profesores, el director del internado o la crueldad del sistema educativo, el mundo infantil que narra Dahl es bello y tenaz. «En estas cartas, vemos a un Roald Dahl que construye un mundo propio, un lugar más seguro, un refugio para entretenerse a sí mismo y en el que crea una versión más feliz de ese mundo para su madre.

Ella es la referencia y la influencia más importante de su vida. Eran nórdicos, por tanto, su forma de expresar el amor era distinta, pero demuestra hasta qué punto y cuán fuerte era el vínculo y el amor real que sentían», explica, desde Inglaterra, Donald Stu-



rock en una conversación vía Zoom.

En el libro están recogidas las palabras que Dahl dedicó a una correspondencia que su madre guardó en su totalidad a lo largo de los años. «Conservó todas las cartas, atándolas cuidadosamente en paquetes envueltos con cinta verde, pero lo mantuvo en secreto. Nunca me confesó que lo hacía. En 1967, cuando

supo que se moría, yo estaba ingresado en un hospital de Oxford con motivo de una delicada operación de columna e incapacitado para escribirle, así que ordenó que instalaran un teléfono junto a mi cama para poder hablar conmigo una última vez. No me dijo que se estaba muriendo, de hecho, nadie me lo mencionó, ya que yo mismo me hallaba en una situación complicada en aquel momento. Solo me preguntó cómo me sentía, expresó su deseo de que me recuperara pronto y me manifestó su amor. Yo no tenía ni idea de que se moriría al día siguiente, mientras que ella sí lo sabía muy bien y por eso quiso ponerse en contacto y hablar conmigo una última vez. Cuando me recuperé y pude volver a casa, recibí aquella enorme recopilación de mis propias cartas».

Faltas de ortografía

El libro tiene un aparte sobre la ortografía y la puntuación de la edición original del libro. El biógrafo y editor Donald Sturrock da fe de ello: «En una carta pública que Roald dirigió a los niños en edad escolar en 1984, poco antes de que se publicara ‘Boy’, habló sobre las cartas de su infancia y el hecho de que algunas de ellas aparecerían en su nuevo libro: ‘Están tan mal escritas y tienen tantas faltas de ortografía que os harán reír’, dijo a sus lectores. La mala ortografía de Roald continuó durante toda su vida, al igual que su uso incorrecto del apóstrofe. Tras horas de cuidadosa transcripción de estos errores, he tomado la decisión de corregirlos. Al menos en las cartas que escribió siendo un adulto». En la edición se conservan algunos errores originales como que el niño Dahl escriba Dickens por Dickens, así como juegos de palabras, redundancias o incongruencias que los editores y traductores consideraron pertinentes.

TE QUIERE, BOY

Roald Dahl
Gatopardo Ediciones
387 Pp. 24,90 €